

FUHRMANN HENSCHEL

Traducción de JUAN PROBST

Por gentileza de su autor AMICITIA tiene el placer de ofrecer a sus lectores la presente traducción de un acto del drama de Gerhart Hauptmann (Premio Nobel de Literatura 1902): "Fuhrmann Henschel", obra de la cual no existe aún versión castellana.

EL estreno del drama social "Vor Sonnenaufgang" de Gerhart Hauptmann, el 20 de octubre de 1889, se considera como el "bautizo del naturalismo alemán y del drama alemán moderno en general". El Dr. Juan Probst —autor de la presente traducción— considera que en esta su primera obra "asoma aquel sentimiento que es característico de toda su obra: la compasión, tomando la palabra en el significado de sufrir con la criatura humana, de compartir el dolor ajeno y este sentimiento es, evidentemente, contrario a la absoluta objetividad que exige la teoría naturalista. Y así Hauptmann ha dotado al arte nuevo, del alma que le faltaba..."

En los años posteriores de su actividad literaria su producción es intensa y da a conocer muchos otros dramas, entre los que cabe recordar a:

"Das Firedensfet" (La fiesta de la paz o Navidad), "Einsame Menschen" (Almas solitarias), al que cronológicamente le sigue la tragicomedia "Kollege Crampton" (Colega Crampton), "Die Weber" (Los tejedores), "Hanneles Himmelfahrt" (La ascensión de Juanita), etcétera...

Llegamos ahora a un momento decisivo en su vida: "hay una cesura de dos años en la producción del poeta Hauptmann pero son dos años decisivos para el hombre Hauptmann". Después de esta crisis comprendió la realización de la historia "Florian Geyer", obra que puede considerarse como el drama histórico clásico del naturalismo alemán, y posteriormente da a conocer "Die versunkene Glocke" (La campana sumergida), "Fuhrman Henschel" (El arriero Henschel), que el Dr. Probst considera "la obra mejor lograda en ese concepto nuevo del drama de carácter", concepto en el que alternaban los sentidos realista e idealista y que Hauptmann representó en su época.

La vena creadora del poeta pierde un poco de su reciedumbre y fuerza en su próxima obra "Michael Kramer", pero se muestra sin embargo infatigable a través de nuevas obras: "Rose Bernd", "Und Pipa tanst" (Y Pipa baila), hasta que la primera Gran Guerra lo sorprende —batallador perpetuo— proclamando "la reconciliación y el amor fraterno entre los pueblos". Su aversión a la guerra y a la violencia encuentra entonces su expresión en "Der weisse Heiland" (El salvador blanco), que gira en torno a la figura del último emperador azteca: Moctezuma. Su inagotable veneno nos sorprende con nuevas y numerosas producciones en los siguientes años de su vida: "Hamley in Wittenberg" (Hamlet en Wittenberg), "Die Tochter der Kathedrale" (La hija de la catedral), "Iphigenie in Aulis —continuando a "Iphigenie en Delphos"— que data del año 1942. Gerhart Hauptmann falleció en 1946.

El Dr. Probst resume todas sus consideraciones acerca de Hauptmann en el juzgarle. "la figura más sobresaliente de la literatura alemana contemporánea que bien puede reputarse por el símbolo representativo de las tendencias espirituales de su patria durante las últimas cinco décadas".

Situado ya Hauptmann en su época y en su alcance, pasemos a la consideración de la mencionada traducción:

NOTA ESCENICA PARA EL PRIMER ACTO

NA habitación campesina, sótano del hotel "Al Cisne Gris".

A través de dos ventanas situadas en lo alto a la izquierda cae la luz crepuscular de la última hora de una tarde de invierno. Debajo de las ventanas está colocada una cama de madera blanda, barnizada de amarillo, en la que yace enferma la señora de Henschel. Es una mujer de alrededor de 36 años. Cerca de la cama, la cuna con su hijita de medio año de edad. Una segunda cama contra la pared del fondo que, como las demás, está enjalbegada de azul y terminada con un filete oscuro hacia el techo. Adelante, a la derecha una gran estufa de azulejos parduzcos y un banco. En el amplio espacio entre la estufa y la pared hay almacenada mucha leña astillada. La pared de la derecha tiene una pequeña puerta hacia la alcoba. Juanita Schal, sirvienta joven y guapa, está en plena tarea; ha puesto de lado los suecos y anda en gruesas medias celestes. Saca de la hornilla una olla de hierro en la que se está guisando algo, y la vuelve a colocar. Cucharón, batidor, coladores están sobre el banco; una gran pava ventrada de barro, que termina en un gollete y está taponada; el cántaro está también colocado por debajo. Las polleras de Juanita están recogidas, su corpiño es de color gris negruzco, los brazos vigorosos lleva des-

nudos. Alrededor de la estufa corre, arriba, una barra cuadrada; en ella están colgadas para secar largas medias de las llamadas de caza, y además, pañales, calzones de cuero con cintitas y un par de botas altas. A la derecha de ello, un arca. La pared del fondo, que está abierta, da a un oscuro y ancho corredor de sótano y frente a ella, hay una puerta de vidrio con lunas multicolores; detrás de ésta una escalera de madera que conduce hacia arriba. En esa escalera, alumbrada siempre un pico de gas de modo que los vidrios traslucen. Estamos a mediados de febrero y afuera hay tormenta.

FRANCISCO, un joven en sencilla librea de cochero, listo para salir, se asoma.

F. — ¡Juanita!

JUANITA. — ¿Qué quieres?

F. — ¿Duerme la Henschel?

J. — ¿Y qué otra cosa quieres que haga? ¡Cuidado con hacer ruido!

F. — Los animales patean bastante en la casa. ¡Si esto no la despierta! Voy a Waldenburg con el coche.

J. — ¿A quién tienes que llevar?

F. — A la señora; compras para el cumpleaños.

J. — ¿Quién tiene cumpleaños?

F. — Carlitos.

J. — ¡Éstos también tienen cada ocurrencia! ¡Enganchar los caballos por ese chiquilín y viajar a Waldenburg con semejante tiempo!

F. — ¡Acaso no tengo mi abrigo de pieles!

J. — ¿Acaso...? Es que éstos no saben cómo tirar la plata, en cambio nosotros tenemos que reventar de trabajo! (El veterinario Grunert aparece en el fondo del corredor, buscando despacio; un hombre bajo con un abrigo de piel de oveja negro, un gorro de pieles y botas altas. Golpea con el mango del rebenque contra el marco de la puerta para hacerse notar).

G. — ¿Henschel no está en casa?

J. — ¿De qué se trata?

G. — Vengo por el caballo.

J. — ¿Entonces Vd. es el doctor de Freiburg, no es cierto? Henschel no está en casa. Bajó también a Freiburg, con carga. ¡Vd. tendría que haberlo encontrado!

G. — ¿En qué establo está el caballo?

J. — Es el alazán grande estrellado. Creo que lo han llevado a

un establo para huéspedes. (A Francisco) Puedes ir con él para enseñarle.

F. — (Dirigiéndose al veterinario) Cruzando el patio, abajo de la sala grande, al lado del cuarto de los cocheros. Pregunte a Federico, éste le dará la razón. (Grunert sale)

J. — Pues, ¡vete con él!

F. — ¿No tienes un poco de calderilla para mí?

J. — ¿Pretendes, acaso, que venda mi pellejo por ti?

F. — (le hace cosquillas) ¡Yo lo compro en seguida!

J. — ¡Francisco! ¡Deja eso! ¿Quieres que se despierte la señora? (buscando una monedas) ¡Con tal de sacarme algunas monedas! Sino, no te sientes bien. Uno queda sin un cuarto. — Toma, ahí tienes (le desliza algo en la mano) Y ahora, vete! (Se oye una campanilla).

F. — (asustado) ¡El patrón! ¡Adiós! (se va rápidamente).

Sra. Henschel. — (Se despertó y dice con voz débil): ¡Muchacha! ¡muchacha! ¿No oyes, muchacha?

J. — (groseramente) ¿Qué pasa?

SRA. H. — ¡Debes escuchar cuando se te llama!

J. — Si estoy oyendo; ¡si Vd. no habla más fuerte, no puedo oír-la! Yo tengo sólo dos orejas! ¡También!

SRA. H. — ¿Ya me contestas otra vez groseramente, muchacha?

J. — (malhumorada) ¡Oh, por mí!

SRA. H. — ¿Y eso te parece bien, eh? Así se replica a una mujer enferma?

J. — ¿Y quién empieza? Ni bien se despierta Vd., adelante con los rezongos. Nada se le hace a gusto, hágase así o asá.

SRA. H. — ¿Por qué no puedes hacer caso?

J. — Entonces haga Vd. misma sus cosas. Uno se mata todo el día y la mitad de la noche; pero si es así, entonces mejor que me vaya! (deja caer la pollera recogida y sale corriendo).

SRA. H. — ¡Muchacha! ¡Muchacha! ¡No me hagas eso! ¿Qué he dicho de malo? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué pasará cuando vuelvan los hombres? Entonces querrán comer. ¡Muchacha! Muchacha!... (Cae rendida en la cama, se queja en voz baja y comienza a hamacar, despacio, la cuna con la cinta).

A través de la puerta de vidrio que se ve en el fondo, se desliza con algún trabajo Carlitos. Lleva una olla con sopa y se mueve tímidamente y cuidadosamente hasta la cama de la señora Henschel, poniendo

allí la olla sobre una silla de madera.

SRA. H. — ¡Oh, Carlitos! ¿eres tú? Pero dime, ¿qué es lo que traes?

C. — ¡Sopa! Mamá manda saludos y le desea que se mejore. Y que le aproveche la sopa, señora Henschel.

SRA. H. — ¡Oh, chico, eres el mejor de todos! ¡Caldo de gallina! ¿Es posible? Bueno, dile a tu madre que le doy muchas gracias. ¿Oyes? ¡Con tal de que no te olvides! ¡Y ahora te quiero decir algo, Carlitos! ¿Verdad que me puedes hacer un favor? Toma el trapo que está allí y súbete sobre el banco, ¿quieres? Y tira la olla de hierro un poco para adelante. La muchacha se fué. La han puesto demasiado adentro de la hornilla.

C. — (Sube en seguida solícitamente, después de haber encontrado un trapo, sobre el banco de la estufa y mira dentro de la hornilla. Pregunta): ¿La negra o la azul, señora Henschel?

SRA. H. — ¿Qué hay en la azul?

C. — Choucroust.

SRA. H. — (agitada) Sácala, si no se me deshace. ¡Oh, muchacha! ¡muchacha!

C. — (saca la olla completamente para adelante) ¿Está bien así?

SRA. H. — Sí, así puedes dejarla. Acércate, te quiero regalar una trencilla de fusta. (La toma del alféizar y se la da) ¿Y a tu madre, cómo le va?

C. — Bien. Se fué de compras a Waldenburg, para mí, para mi cumpleaños.

SRA. H. — ¡Yo no ando bien; muchacho! ¡Seguramente he de morir!

C. — ¡Pero, no, Señora Henschel!

SRA. H. — Sí, sí, puedes creerlo, ¡yo me muero, muchacho! Si quieres, puedes decirlo también a tu madre.

C. — ...me regalan un gorro de pieles, señora Henschel.

SRA. H. — Ven, acércate un poco. Quédate tranquilo. Escucha. ¿Oyes cómo hace tic tac? ¿Oyes cómo hace tic tac en la madera podrida?

C. — (a quien sujeta, afiebrada, de la muñeca) Tengo miedo, señora Henschel.

SRA. H. — ¡Oh, por qué? ¡de ninguna manera! Al fin, todos tenemos que morir. ¿Oyes cómo hace el reloj de la muerte, tic tac, eh? ¿No es cierto? ¿Qué es eso? El enterrador hace tic tac (cae hacia atrás) Uno, dos. ¡Oh, muchacha, muchacha! (Carlitos, a quien ha soltado, se retira, asustado, hacia la puerta. Cuando ya tiene la manija de la puer-

ta de vidrio en la mano, le sobresalta el miedo; abre la puerta de golpe y la cierra tras de sí tan fuerte que tiemblan los vidrios. En seguida se oye desde afuera fuerte chasquido de látigos. Tocada por este ruido, se incorpora la señora Henschel con vehemencia).

SRA. H. — ¡Ahí viene padre!

HE. — (No visible aún, afuera, en el corredor) ¿Doctor, y qué hacemos con el animal? (Él y el veterinario Grunert aparecen en el marco de la puerta).

G. — No deja que uno se acerque; tendremos que aplicarle la pinza en la nariz.

HE. — (Hombre, de formas atléticas, de alrededor de 45 años; gorro de piel, saco de piel de oveja, debajo del mismo blusa azul de arriero, botas altas, medias de caza verdes, látigo, linterna encendida). No sé lo que pasa con el animal. Ayer, había cargado carbón de piedra en la mina del zorro, cuando ya había cargado, desengancho, llevo los caballos al establo y en seguida, en ese momento, se tira al suelo y empieza a patalear (Pone el látigo en el rincón y cuelga el gorro en él. — Juanita vuelve y reanuda su trabajo empezado, pero visiblemente fastidiada) ¡Muchacha, haz luz!

J. — ¡Una cosa después de la otra!

HE. — (Cuelga la linterna, después de haberla apagado) Dios sabe lo que ha de ser eso: primero se me enferma la mujer, luego se me tumba un caballo. El caballo lo he comprado cerca de Navidad a Gottfried Walther; dos semanas, y cojea. Pero me las pagará! 200 taleros he dado por él.

SRA. H. — ¿Está lloviendo afuera?

H. — (de paso) Sí, sí, madre, llueve. Así que el propio cuñado me estafa. (Se sienta sobre el banco de la estufa. Juanita ha encendido una vela de sebo y la pone en un candelero de lata sobre la mesa).

SRA. H. — ¡Padre, no hay nada que hacer, eres demasiado bueno! A nadie crees capaz de algo malo.

G. — (se sienta a la mesa y escribe una receta) Le ordenaré algo para la farmacia.

SRA. H. — ¡Si también se nos muere ahora el alazán! ¡Dios no ha de quererlo!

HE. — (Estirando una pierna hacia Juanita) ¡Ven, sácame las botas! ¡Cómo sopló a la vuelta de Freiburg! El techo de la iglesia en Niederdorf ha volado a medias, creo, según dice la gente. (a Juanita) ¡Eso sí que es ser torpe! ¡Vamos, pronto!

SRA. H. — (a Juanita) ¡No comprendo como tampoco eso puedas aprender! (Juanita consigue sacar la primera bota, la pone de lado y agarra la segunda).

HE. — ¡Estáte tranquila madre, tú no lo haces mejor!

J. — (Consigue sacar la otra bota, la pone de lado, luego bruscamente a Henschel) ¿Me ha traído mi delantal de Kramstan?

HE. — ¡Qué! ¿tendría que tener yo todo en la cabeza? — Estoy contento cuando tengo mis cosas juntas y dejo mis cajones de agua mineral sanos en la estación. ¡Qué me he de ocupar de delantales de mujer!

G. — ¡No tiene fama de eso!

SRA. H. — ¡Lo que faltaba!

HE. — (En zuecos, se levanta. A Juanita) Bueno, apúrate, vamos, para que podamos comer. Tenemos que bajar todavía a la herretería.

G. — Se ha levantado, ha dejado la receta sobre la mesa, pone la libreta con el lápiz en el bolsillo y dice, pronto para irse): Rápido a la farmacia con esto. Mañana a primera hora volveré.

(Henschel se sienta a la mesa).

HAUFFE. — (Entra despacio; lleva zuecos y calzones de cuero y trae también una linterna encendida en la mano): Un verdadero tiempo de porquería, el que tenemos otra vez.

HE. — ¿Y qué tal en el establo?

HAUFFE. — Hace pedazos todo su box (apaga la linterna y la cuelga al lado de la de Henschel).

G. — Buenas noches a todos. No hay más que tener paciencia. ¡Nosotros médicos no somos tampoco más que hombres!

HE. — Por cierto. Eso ya lo sabemos. Buenas noches. ¡No vaya a volcar! (Grunert sale) Bueno, ahora dime, madre, ¿cómo estás tú?

SRA. H. — He tenido que hacerme otra vez tanta mala sangre.

HE. — ¿Quién te hace enojar?

SRA. H. — Es que yo no puedo hacer nada ni ayudar. (Juanita pone una fuente con albóndigas en la mesa, saca tenedores del cajón y los arregla).

HE. — Para eso está la muchacha.

SRA. H. — Es que la muchacha no tiene cabeza.

HE. — ¿Acaso no tenemos qué comer? si va bastante bien. — Si no te hubieras levantado demasiado pronto después del parto, hoy ya podrías otra vez bailar.

SRA. H. — ¡Oh Virgen Santa! bailar ¡Eso sí que sería cómico!

(Juanita ha puesto tres platos con un pedazo de carne de cerdo en

cada uno, acerca entonces también para ella un banquillo y se sienta a la mesa).

HAUFFE. — La avena pronto se habrá terminado.

HE. — He comprado treinta bolsas ayer. El sábado llega también una carretada de heno. El forraje se vuelve cada vez más caro.

HAUFFE. — Si los animales han de trabajar, deben también comer.

HE. — Pero éstos piensan que viven del aire; se pretende rebajarme otra vez el acarreo.

HAUFFE. — Sí, a mí también me dijo cosa parecida.

SRA II. — ¿El inspector de las termas?

HE. — ¡Y quién si no él! Pero esta vez recibe un chasco.

SEA II. — ¡No, eso ya es demasiado! ¡Dónde quedaremos nosotros con estos tiempos difíciles!

JUANITA. — El capataz caminero también ha estado. Debéis mandar, creo, mañana unas yuntas para la aplanadora grande. Están ahora cerca de Hinterhartau.

(Por la escalera detrás de la puerta de vidrio baja el señor Siebenhaar: comienzo de los cuarenta años; viste de la manera más cuidada. Saco de paño negro, chaleco blanco, pantalones claros a la moda inglesa; elegancia de fines de la década del sesenta. La cabellera ya encanecida alcanza a formar apenas una corona bien ordenada, mientras el bigote es abundante y de color rubio oscuro. Siebenhaar lleva unos anteojos de oro y acude, cuando quiere observar bien, a unos lentes, también de oro, que coloca, generalmente, detrás de los anteojos; representa un tipo inteligente).

Siebenhaar (se acerca, en la derecha un candil de lata con la luz apagada y un manojo de llaves, a la puerta del cuarto abierta y echa una ojeada adentro, poniendo la izquierda sobre sus ojos sensibles): ¡Henschel ya está?

HE. — ¡Sí, señor Siebenhaar!

S. — Ah, Vds. están justamente comiendo. Tengo que hacer en el sótano. Podemos hablarnos luego.

HE. — No, no, por mí, yo estoy listo.

S. — Entonces, mejor que venga Vd. luego arriba. (Entra y enciende su luz en la que está encendida sobre la mesa) Sólo quiero encender mi vela. En mi escritorio estaremos más tranquilos. ¿Cómo le va, señora Henschel? Qué tal ¿le gustó el caldo de gallina?

SEA II. — ¡Pero Dios mío, lo he olvidado!

S. — ¡Será posible!

JUANITA. — (Descubriendo la olla con el caldo) Cierto, aquí está.

HE. — ¡Qué mujer! Quiere curarse y olvida comer y beber.

(Fuerte ráfaga de viento).

S. — Mi señora se fué a Waldenburg. El tiempo parece volverse cada vez peor. Me estoy preocupando. ¿Qué opina Ud.?

HE. — Oyendo parece peor de lo que es.

S. — Bueno, pero no hay que hacer cabriolas! ¿Acaso no oyó Vd. el estrépito? El viento ya me ha hundido uno de los ventanales del comedor sobre la terraza.

HE. — ¡Qué me dice!

SRA. H. — ¡Esto cuesta otra vez bastante!

S. — (Saliendo por el corredor del sótano hacia la izquierda) Sólo la muerte es gratuita.

HE. — Trae también su lote de preocupaciones sobre las espaldas.

SRA. H. — ¿Qué será lo que quiere otra vez de ti, padre?

HE. — ¡Oh, nada. Quién sabe! Ya lo oiré.

SRA. H. — ¡Con tal de que no te pida otra vez dinero!

HE. — No, no digas tonterías, madre.

JUANITA. — Si la gente no tiene, ¿para qué la mujer necesita un sombrero de cuatro taleros?

HE. — ¡Tú, cállate la boca! ¡Nadie te preguntó nada! Pon tu nariz en la amasadera, pero no en las cosas de otra gente. ¡Tener que mantener semejante casa! Durante ocho semanas entra algún dinero y en el resto del año tiene que arreglarse como puede.

HAUFFE. — ¡Y todavía ha tenido que construir!

SRA. H. — Esto acabó de embromarlo todo. ¡Debería haberlo dejado!

HE. — Las mujeres no entienden nada de esas cosas. Fué necesario hacerlo, no le quedó otro remedio. — Hoy tenemos la mar de forasteros, antes no había ni la mitad. Pero en aquel entonces tenían plata, hoy quieren todo de balde. ¡A ver si me sirven un aguardiente!

HAUFFE. — (Cerrando despacio su cortaplumas y levantándose): Cuarenta piezas, tres grandes salas y nada adentro, sino ratas y lauchas. ¿Cómo se puede defender así los intereses? (se levanta).

(Francisca Wermelskirch mira adentro; es una viva y bonita muchacha de 16 años. Lleva suelto el cabello largo y oscuro. Su vestimenta es un poco excéntrica: la pollerita blanca y corta, la blusa con un escote en punta, el cinturón multicolor y largo. Los brazos están desnudos hasta bastante arriba; alrededor del cuello lleva una cinta colo-

rada con un crucifijo de oro).

FR. — (Muy vivaz). ¿No estaba aquí, hace un ratito, el señor Siebenhaar? Les deseo buen apetito, señores. Sólo quería permitirme preguntar si el señor Siebenhaar no ha bajado hace un momento?

SRA. H. — (Con poca amabilidad): Nosotros no sabemos. Aquí no estaba.

FR. — ¿No? Pensaba. (Coloca el pie coquetamente sobre el banco de la estufa y se ata la cinta del zapato)

SRA. H. — Señor Siebenhaar por aquí, señor Siebenhaar por allá. ¿Qué es lo que tiene Vd. con ese hombre?

FR. — ¿Yo? ¡Nada! Sólo que le gusta tanto el hígado de ganso. Y como mamá tiene precisamente uno, me manda papá para que se lo diga. Dicho de paso, sabe, señor Henschel, Vd. también podría venir a visitarnos alguna vez!

SRA. H. — No, deja a padre donde está. ¡Lo único que faltaba! Ahora no tiene la cabeza como para andar por las fondas.

FR. — ¡Pero hoy justamente se ha abierto un barril nuevo!

HE. — (Mientras Hauffe sonríe burlonamente y Juanita larga la carcajada): Madre, te puedes preocupar por tus cosas. Si me vienen las ganas de tomar un vaso de cerveza, entonces no pregunto, me lo puedes creer, a nadie si me da su permiso.

FR. — Y Vd., ¿cómo está, señora Henschel?

SRA. H. — Mañana me pongo también un cinturón como Vd. y bailo sobre la cuerda floja.

FR. — Yo la acompaño. Esto lo sé hacer muy bien. Me ejercito siempre sobre la lanza del coche.

HE. — ¡Por eso todas las lanzas cuelgan para abajo!

FR. — Vea, así se hace, así se balancea uno. (Imitando los movimientos de una equilibrista sobre la cuerda, sale bailando por la puerta) Pierna derecha, pierna izquierda. Au revoir! (se va).

HAUFFE. — (Tomando la linterna) Ésa pierde pronto el juicio, si no consigue un marido. (Sale)

SRA. H. — Si ésa tuviera que trabajar en algo, ya le pasarían sus locuras.

JUANITA. — Arriba no puede pisar. La señora no lo permite.

SRA. H. — Tiene razón. Yo tampoco lo permitiría.

J. — Es que corre tras el patrón como si fuera chiflada. Lo que está bien, está bien, pero eso ya es un escándalo.

SRA. H. — Siebenhaar debería echar a esa gente. Tienen una ma-

nera de portarse esas mujeres con los hombres!

HE. — Bueno madre, ¿que estás hablando!

SRA. H. — Y en la fonda.

HE. — La gente quiere vivir, exactamente como nosotros. ¿Acaso ha de echarla a la calle? Wermelskirch no es mal hombre.

J. — Pero la mujer es una vieja bruja.

HE. — ¡Por eso! Con tal que le pague el arriendo puntualmente, y menos aún por la muchacha. (Se levanta y se inclina sobre la cuna). Nosotros también tenemos una y supongo que no nos echarán por ella.

SRA. H. — Bueno, eso sería... Duerme todo el tiempo. No quiere despertarse.

HE. — Es que es bastante debilucha... Bueno, madre, espero que no te me vas a morir!... (Sacando la gorra del clavo). Juanita, te he dicho una mentira, hace un rato. Afuera, en el carro, está tu delantal.

J. — (Rapidamente) ¿Dónde?

HE. — Sobre el asiento; debes ir a buscarlo (sale por el medio; Juanita va a la alcoba).

(Juanita sale con paso ligero de la alcoba y se aleja por la puerta del medio)

SRA. H. — Así que, después de todo, le ha traído el delantal.

(Siebenhaar entra con cuidado, como antes, llevando la luz y el llavero y además dos botellas de vino tinto)

S. — ¿Tan sola, señora Henschel?

SRA. H. — Así que, después de todo, el delantal...

S. — Soy yo, señora Henschel. ¿Se está acaso confundiendo?

SRA. H. — Creo... difícilmente...

S. ¿No le he interrumpido el sueño? ¡Soy yo, Siebenhaar!

SRA. H. — Naturalmente, por cierto.

S. — Sólo le traigo una gota de vino. Tiene que beberlo. Le hará bien. ¿Acaso todavía no me reconoce?

SRA. H. — Pero cómo no. Sería gracioso. Ud. es., pero naturalmente, Vd. es nuestro señor Siebenhaar. No he llegado aún a ese punto. ¡Cómo no lo he de conocer!... ¿No sé, he soñado o era...?

S. — Eso puede ser. ¿Cómo se siente ahora?

SRA. H. — Naturalmente; Vd. es Siebenhaar.

S. — ¿Acaso creyó Vd. que sería su marido?

SRA. H. — No sé, francamente no puedo decirlo. Me siento tan rara...

S. — Vd. está acostada un poco incómodamente, me parece. Le arreglaré las almohadas. ¿La visita regularmente el médico?

SRA. H. — (Llorosa y enojada) No sé, siempre me dejan sola. — No, no, Vd. es Siebenhaar, lo sé. ¿Quiere saber algo? Le diré algo. Vd. siempre ha sido bueno conmigo. Vd. tiene un buen corazón. Aunque ponga, a veces, una cara enojada. A Vd. puedo decírselo: ¡tengo tanto miedo! Siempre pienso: esto va demasiado despacio.

S. — ¿Qué demasiado despacio?

SRA. H. — (Estallando en lágrimas). Vivo demasiado tiempo...! ¿Pero qué será de la niña?

S. — Pero ¡querida señora Henschel, qué está diciendo?

SRA. H. — (Sollozando) ¿Qué será, cuando nacra, de la niña?

S. — Señora Henschel, Ud. es una mujer razonable. Señora Henschel, escuche un poco: cuando uno tiene que estar en la cama, vea, semana tras semana, como Vd. ahora desgraciadamente, entonces es natural que le asalten toda clase de ideas estrafalarias. Uno se imagina tonterías. Pero entonces es necesario sobreponerse, señora Henschel. ¡Faltaría más! ¡Semejantes tonterías! ¡Fuera de la cabeza! ¡Si no son más que estupideces!

SRA. H. — ¡Ay, no lo quiere creer! Pero yo sé lo que digo.

S. — Vd. no lo sabe. Por desgracia, no lo sabe, no lo sabe ahora y si más tarde lo recuerda, se reirá. ¡Con toda seguridad!

SRA. H. — (Estallando apasionadamente): ¿Acaso no la ha visitado en la alcoba?

S. — (Sorprendido y desconcertado, pero al mismo tiempo absolutamente incrédulo) ¿Qué pues? ¿Quién pues?

SRA. H. — ¡Pues, Henschel! ¡La muchacha!

S. — ¿Su marido? ¿La Juanita? Bueno, le diré... El que le ha sugerido esto, es un infame mentiroso.

SRA. H. — ¡Y cuando haya muerto yo, se casará con ella!

(Henschel aparece en la puerta).

S. — ¡Vd. sufre de alucinaciones, señora Henschel!

HE. — (Bondadoso, sorprendido) ¿Pero, qué te pasa, querida? ¿Estás llorando?

HE. — (Se ha acercado amablemente a la cama). ¿Quién te hace algo?

SRA. H. — (Se da vuelta, enojada, para el otro lado, la cara contra la pared, dando la espalda a Henschel) ... ¡Oh, déjame tranquila!

HE. — ¿Qué significa eso?

SRA. H. — (Ahogada por las lágrimas, regañando): ¡Oh tú, sal de ahí! (Henschel, evidentemente perplejo, mira interrogante a Siebenhaar

que, meneando la cabeza, limpia sus lentes).

S. — (En voz baja) Deje tranquila ahora a su mujer.

SRA. H. — (Como antes) ¡Bajo tierra me queréis tener!

S. — (A Henschel que está por encolerizarse) ¡Pst! ¡Hágame el favor! ¡Tranquilo!

SRA. H. — Una tiene ojos. Una no es ciega. No hay necesidad de hacérselo notar. Una no sirve ya para nada. Puede marcharse.

HE. — (Con calma forzada) ¿Qué es lo que quieres decir, querida?

SRA. H. — ¡Sí, sí, hazte el zozco!

HE. — (Completamente perplejo). Pero dime...

SRA. H. — Lo que tú quieras. Pero jamás me dejaré engañar, por más que disimuléis. Veo a través de las paredes, os veo lo mismo. ¡No, no! ¡Creéis que una mujer se engaña fácilmente! ¡Tonterías, digo! De una cosa puedes tomar nota: cuando muera, morirá también la chiquita. La llevaré conmigo. ¡Antes matarla que entregarla a semejante mujer!

HE. — Pero, madre, ¿qué es lo que te ha ocurrido?

SRA. H. — ¡Bajo tierra me queréis!

HE. — ¡Bueno, termina de una vez, sino me pongo furioso!

S. — (Advirtiéndole por lo bajo) ¡Calma, Henschel! ¡La mujer está enferma!

SRA. H. — (Que lo ha oído) ¿Enferma? ¿Quién me ha enfermado? Vosotros dos: la mujerzuela y tú.

HE. — Lo único que quisiera saber es quién te ha puesto estas tonterías en la cabeza. ¿La muchacha y yo? ¡Pues, que me parta un rayo ahora mismo! ¿Nosotros tendríamos algo que ver?

SRA. H. — ¿Acaso no le traes delantales y cintitas?

HE. — (De nuevo desarmado) ¿Delantales y cintitas?

HE. — ¡Bueno, eso es el acabóse!

SRA. H. — ¿Acaso no hace siempre todo bien y a tu gusto? ¿Acaso le haces alguna vez un reproche? ¿No es ya como si fuera la dueña de la casa?

HE. — ¡Madre, cállate, te lo suplico!

SRA. H. — ¡Tienes que callarte porque no sabes qué contestar!

S. — (Al lado de la cama) Señora Henschel, modérese. Todo eso es pura invención.

SRA. H. — Vd. no es mejor, Vd. no procede de otra manera. Las pobres mujeres, ellas se arruinan por eso! (Llorando con desconsuelo).

¡Que se arruinen! (Siebenhaar, con breve risa, se acerca a la mesa y abre, resignadamente una de las botellas de vino tinto).

HE. — (Se ha sentado en el borde de la mesa y apacigua ahora): ¡Madre, madre! Bueno, date vuelta! ¡Quiero decirte una palabra a las buenas! (La da vuelta con amable fuerza). ¡Ves, madre, tú has soñado! Has tenido una vez un sueño. Nuestro perro sueña también, a veces, cosas raras. Pero ahora, despiértate! ¿Entendido, madre? Has fantaseado tantas cosas que se rompería el carro más grande, si quisiera cargárselas encima. Todavía tengo la cabeza hecha un torbellino de todo esto.

S. — (Que ha buscado un vaso y después de encontrarlo lo llena de vino): A mí me cantó también la cartilla de paso.

HE. — Por favor, ¡no vaya a tomarlo a mal! ¡Qué mujer! Uno tiene su cruz con ella. No, ¡apúrate y vuelve a estar sana! Sino, todavía sucederá que alguna vez digas que he robado caballos en Bolkenhain.

S. — Aquí, tome el vino. La reconfortará.

SRA. H. — Con tal que una supiera.

SRA. H. — ¡Con tal que una supiera! (Siebenhaar la ayuda a beber)

HE. — — ¿Y qué ahora de nuevo?

SRA. H. — (Después de haber bebido) ¿Podrías prometerlo?

HE. — ¡Todo lo que quieras!

SRA. H. — Si me muero ahora, ¿te casarías con ella?

HE. — ¡No me hagas preguntas tan tontas!

SRA. H. — ¿Sí o no?

HE. — ¿La Juanita? (burlándose) ¡Por supuesto!

SRA. H. — ¡Hablando en serio...!

HE. — ¡Escuche lo que dice, señor Siebenhaar! ¿Qué puede contestar uno a eso? ¡Por cierto que no te morirás!

SRA. H. — ¿Pero si muriese?

HE. — Entonces tampoco la tomo. Bueno, ¿ves ahora? Ahora lo sabes. Para que lleguemos a un fin.

SRA. H. — ¿Puedes prometerlo?

HE. — Por mí, también lo prometo.

SRA. H. — ¿Me lo prometes con la mano aquí?

HE. — Ya te lo he dicho (Pone su mano en la de ella) Bueno, pero ahora basta. ¡Ahora déjame tranquilo con semejantes cosas!

(CAE EL TELÓN)